

Periodismo de investigación y denuncia: los perros sabuesos en la prensa colombiana

Maryluz Vallejo Mejía*

Resumen

La autora nos lleva a un recorrido por la historia del periodismo de investigación y denuncia en la prensa colombiana. En una mirada retrospectiva que va desde 1890 hasta 1980, muestra los vaivenes de los periodistas y los medios ante las reacciones de gobernantes, militares y otros poderes que, ejercidos desde la legalidad o la ilegalidad, han buscado acallar las voces disonantes frente a sus acciones. Este texto evidencia que aun en medio de las dificultades, durante algunos periodos la prensa ha logrado cumplir su papel fiscalizador en esta siempre convulsionada Colombia.

Palabras clave: denuncia, gobierno, independencia, censura, investigación, crónica, reportaje, documento, reportero, campaña, periodismo.

Abstract

The author invites us to travel through the history of research and denouncing journalism in Colombian media. In a flashback between 1890 to 1980 the author shows the backs and forths of journalists and the media facing the government, military and other powers, which from legacy or illegacy, have tried to shut off the harsh voices concerning their actions. The text shows that with disregard to difficulties, sometimes the media have been able to fit in their rol as prosecutors in the upheavaled Colombia.

Key words: denouncing, government, independency, research, censure, chronicle, report, document, reporter, campaing, journalism.

Hacia 1890 surgieron en la prensa estadounidense los *muckrakers* (rastrilladores de cieno o de estiércol) —como los apodó el presidente Teodoro Roosevelt, blanco de sus críticas—, un grupo de periodistas decididos a denunciar los abusos del poder político y económico, convencidos de que el lector tenía derecho a saber la verdad, según el moderno principio de la objetividad. Por ello la prensa se afilió a la causa del “perro guardián” y el famoso escritor Mark Twain llegó a recomendar a los reporteros que dirigieran sus ataques contra los gobernantes estafadores.

Los primeros investigadores encontraron su hábitat natural en la prensa sensacionalista o amarillista dedicada a destapar escándalos. Los valores de esta prensa fueron expresados en repetidas ocasiones por sus artífices Joseph Pulitzer y William Randolph Hearst: “Servir al pueblo, informar, enseñar, divertir y exponer lo sucio y corrupto donde quiera que se encuentre en

la vida estadounidense, en especial si puede ser descubierto en las mismas ciudadelas del poder”. Ambos editores, pese a sus apetitos comerciales, dieron una nueva definición a las noticias, ofrecieron al público lo que quería y prestaron su voz a las masas silenciosas para denunciar a los poderosos.

Los *muckrakers* empezaron a ventilar los negociados y la corrupción de la clase dirigente y empresarial norteamericana en la prensa liberal de este país. En 1902 y durante dos años, Ida Tarbell publicó dieciocho artículos sobre “La historia de Standard Oil”, una penetrante denuncia contra el magnate Rockefeller. En 1906 Upton Sinclair investigó las insalubres condiciones de trabajo en los mataderos de Chicago; el también novelista John Steinbeck denunció en *The San Francisco Examiner* las condiciones infrahumanas de los campos de inmigrantes en California. En 1905 Ray Stannard Baker publicó una investigación en cinco entregas sobre los *trusts* propietarios de

* Ésta es una versión resumida del capítulo del libro *A plomo herido. Una crónica del periodismo en Colombia 1880-1980*, publicado por la autora en Planeta, Bogotá (2006).

Profesora Asociada de la Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana.

las compañías ferroviarias. Y en 1906 Edwin Markham, en *Cosmopolitan*, denunció la contratación de niños por las grandes fábricas norteamericanas para abaratar costos.¹

En Colombia comenzaron a aparecer figuras aisladas del periodismo investigativo desde comienzos del siglo XIX. Antonio Nariño fundó en 1811 *La Bagatela*, el primer periódico de denuncia, que le costó cárcel y persecuciones al traductor de los Derechos del Hombre. También sobresalieron periodistas satíricos como José Joaquín Posada y Germán Gutiérrez de Piñeres, de *El Alacrán*, y Alfredo Greñas, de *El Zancudo*, y tantos otros periodistas satíricos que dejaron su piel en el alambrado por denunciar las fechorías de los poderosos.

En el periodo de la Regeneración hubo periodistas tan valientes como Santiago Pérez, que denunció en *La Defensa* los excesos del presidente Núñez con el Banco Nacional y fue enviado al destierro, al igual que Juan de Dios Uribe, por su persistente oposición al gobierno desde *El Correo Liberal*; y Fidel Cano y Rafael Uribe Uribe, sempiternas víctimas de la censura por ser las voces más molestas para los regeneradores.

Este papel de veedor o fiscalizador de la cosa pública se ve claramente en Carlos Martínez Silva, conservador histórico que se encargó de denunciar la corrupción del largo gobierno de Núñez, famoso por sus larguezas para comprar tantas conciencias en la tierra como en el cielo. Desde *El Correo Nacional* agitó un debate sobre las emisiones clandestinas de billetes del Banco Nacional, ordenadas por el gobierno de Miguel Antonio Caro. Como su hermano Luis hacía parte de la comisión investigadora nombrada por el Parlamento, Carlos Martínez Silva tuvo acceso a información de primera mano que publicó en su periódico. El celo de los hermanos contra la corrupción y los desmanes oficiales les costó el cierre de *El Correo Nacional* en 1894, que pasó a manos de Rufino Cuervo Márquez; pero desbrozaron el camino para el periodismo investigativo como institución vigilante de la democracia. Además, pusieron en la agenda de los periódicos el debate sobre el papel moneda, que se agudizó con la guerra de los Mil Días y en los sucesivos gobiernos de la Hegemonía incapaces de frenar la constante desvalorización del peso colombiano.

Y es en este periódico, vanguardia del periodismo moderno, donde aparece el concepto de reportaje seriado con carácter de denuncia.² En respuesta a la carta de un lector que cuestionaba el estado de higiene de la plaza de mercado de Bogotá, el director comisionó a un *reporter* para que investigara y éste siguió un procedimiento riguroso y profesional de observación del lugar, consulta de fuentes oficiales y no oficiales y de

documentos para constatar las quejas planteadas. En cuatro entregas que se publicaron entre septiembre y octubre de 1890 denunció los problemas más graves que se estaban presentando para que las autoridades tomaran medidas. En las dos primeras entregas habló con los encargados del aseo y de la inspección sanitaria de las carnes, aves y otros comestibles. En la tercera entrega, el *reporter* consiguió a un estudiante de veterinaria para que lo acompañara a la inspección de la sección de carnes; después del recorrido el especialista señaló la urgencia de organizar un cuerpo de policía sanitaria para controlar los productos cárnicos (como se hacía en París). Y en la cuarta entrega aparecieron los responsables del control de las pesas y medidas.

El periódico liberal *La Crónica* recibió el testigo de *El Correo Nacional*, y realizó osadas campañas en defensa de la libertad de industria y en contra del sistema fiscal de la Regeneración, de los métodos antipedagógicos de la educación oficial y de la tendencia suicida a la guerra. En 1898 denunció el monopolio sobre la fabricación y venta de fósforos del gobierno de Caro, lo que le costó la suspensión por seis meses.

Quizá el asunto que dio más pábulo a la prensa para mostrar su capacidad de denuncia fue el destino del canal de Panamá, aunque no se podría hablar de periodismo investigativo realizado a partir de información —ni el mismo gobierno poseía canales confiables—, sino de un profundo debate de opinión que fue liderado por periódicos como *La Crónica*, *El Nuevo Tiempo* y *El Telegrama*. En 1902, *El Nuevo Tiempo* se ofreció como campo neutral para discutir el rumbo de las negociaciones, de las que informó detalladamente a partir de la prensa estadounidense menos sesgada.

Sin duda el crítico mayor del gobierno en estas negociaciones fue el senador Juan Bautista Pérez y Soto, que publicó el “Manifiesto a la Nación” el 11 de noviembre de 1903 (pocos días después del robo de Panamá), lo cual le costó el exilio,³ desde donde hizo seguimiento a la Comisión Investigadora de los Asuntos de Panamá nombrada por el Congreso en 1910. En julio de 1905 publicó en La Habana, *INRI*, un libro con fuertes acusaciones por nepotismo y corrupción a Rafael Reyes y dos protegidos suyos: los millonarios Pepe Sierra y Nemesio Camacho, ese año beneficiados con los remates de las rentas de licores, como miembros que eran de la junta directiva del Banco Central, al igual que Laureano Ortiz, favorecido con el negocio de las esmeraldas de Muzo.

En esas 350 páginas Pérez y Soto también hace responsable a Rafael Reyes de la pérdida de Panamá, según él, por haber buscado el nombramiento del gobernador de Panamá, José Domingo de Obaldía, reconocido separatista,

quien supuestamente le aseguraría el voto de ese departamento en las elecciones presidenciales. Y acusó a los últimos mandatarios de haber vendido, en connivencia con el general Reyes, el istmo de Panamá para repartirse los diez millones del pacto Herrán-Hay. El mismo año salió el libro de refutación *Por honor de Colombia –Contestación al libro INRI*⁴ (colección de artículos y documentos relativos a la candidatura y al gobierno de Reyes), de periodistas cercanos al general que califican a Pérez y Soto de gran calumniador. Entre ellos figura Miguel Navia, que escribió en *La Unidad Nacional* unos 80 artículos elogiosos de la labor administrativa del gobierno de Reyes.

En la primera década del siglo XX y tras el largo quinquenio de la censura, Ricardo Tirado Macías divulgó en *El Republicano* (1907) importantes piezas de periodismo de denuncia sobre la corrupción oficial en el reyismo. La más escandalosa tenía que ver con el cobro de cuantiosas indemnizaciones al gobierno por parte de hacendados que supuestamente habían entregado miles de cabezas de ganado a las tropas oficiales. El caso se conoció como la reclamación White sobre perjuicios de guerra, y según Tirado Macías, estaban involucradas altas personalidades públicas en complicidad con los abogados de Mary White, viuda de un presunto expropiado.⁵ El periodista acusó al ministro de Relaciones Exteriores, Carlos Calderón, de ser el jefe de la banda White Company (sacada de una novela inglesa): “No son solamente diez millones lo que estamos defendiendo. Son cerca de 200 millones a los que estamos cerrando el paso, porque a eso ascienden las reclamaciones pendientes”. Lo cierto es que estas acusaciones no tuvieron suficiente sustento y Tirado Macías fue objeto de demandas, excomuniones de la Iglesia y censuras del ejecutivo entre 1909 y 1915, aunque en abril de 1910 el Tribunal Superior de Bogotá lo absolvió del proceso por injuria y calumnia que le abrió el ministro Calderón.

Desde *La Linterna*, de Tunja, Enrique Santos Montejo fustigó hasta el cansancio a Rafael Reyes por su administración corrupta. “Reyes supo aprovecharse con gran habilidad del momento,

supo decir las palabras oportunas y lanzar los programas adecuados. Los colombianos todos, con debilidad de convalecientes, vieron en él un remedio que los salvaría de la moral decaída [...]. Poco a poco la fiera fue mostrando las uñas; el gobierno tornose en tiranía suspicaz, el derroche de los caudales públicos alcanzó proporciones inauditas y para eso se cuadruplicaron los impuestos y se arruinó al país”.⁶

En julio de 1913, cuando se celebró el juicio al ex dictador, el representante Enrique Santos Montejo, desde la doble tribuna del Congreso y de *La Linterna*, protestó por la absolución de Rafael Reyes de todos los delitos que se le imputaban, sólo porque “el

peor delincuente que ha tenido el país era un viejo y vencido enemigo”. Reyes fue absuelto por la mayoría reyista de la Cámara. Sin embargo, como afirma el periodista Jorge Cardona, “para una cronología de lo que ha alcanzado el periodismo de investigación en Colombia sería pertinente empezar con la faceta no autorizada del presidente del Quinquenio. Los contratos que se entregaron a una sociedad inglesa para la renta de las esmeraldas, el manejo irregular de los fondos secretos, los traspasos de cuentas oficiales a cuentas pri-

vadas del agente fiscal de Colombia en Europa, Camilo Torres Elicechea, o las complacencias con su ahijado de matrimonio, Roberto de Mares, para la concesión de los terrenos petrolíferos de Barrancabermeja”.⁷

En la segunda década el *Gil Blas* se destaca por su “periodismo hecho con los puños crispados” —como lo calificaba el director Benjamín Palacio Uribe—, que parece inspirado en los “rastrilladores de basura”. En 1899, Palacio Uribe tomó cursos de periodismo en la Universidad de Antioquia donde publicó su primera hoja satírica: *El Diablo*. Luego publicó sus sueltos en *El Cascabel*, de Enrique Gaviria, tomó las armas en la guerra de los Mil Días y luego se vinculó al satírico bogotano *X, Y y Z*. El *Gil Blas* empezó a circular tras la caída de Reyes, y se anunció como un “diario radical”. Su mismo nombre parodia una novela de Marroquín, *Blas Gil*, y esta tónica de irreverencia identificará la línea editorial del vespertino bogotano, crítico



de todos los gobiernos conservadores que vigila hasta su desaparición en 1923.

Cuando inicia su campaña en contra de la administración de José Vicente Concha, declara editorialmente: "No puede el escritor público apartarse de las reglas de caballerosidad y de la decencia, pero tiene el derecho y el deber de combatir los actos públicos del mandatario y de sus colaboradores, cuando lesionen los intereses de la comunidad". Con igual énfasis dice que no acepta las peticiones de moderación a la prensa cuando hay actos de corrupción de por medio. Este periódico se caracteriza por su estilo ágil, directo y puntilloso, tan fresco que puede leerse hoy sin tropiezos. En la línea de sátira política y fiscalización de los poderes el *Gil Blas* hace una constante denuncia de la ineficiencia de los distintos gobiernos de la Hegemonía, desde el gobierno de Concha hasta el de Abadía Méndez.

Su línea editorial también se adivina en las definiciones que hace de los periódicos de la competencia. A *El Nuevo Tiempo* lo llama "El poderoso órgano de independencia bombástica". El *Gil Blas* le apuntaba a todo lo que funcionaba irregularmente en la administración local y nacional, pero su blanco favorito era el director de la Policía, general Salomón Correal, a quien llamaba familiarmente "El General Hachuela" (en alusión a los artesanos que asesinaron con hachuelas a Uribe Uribe). No pasaba día o mes en que don Benjamín Palacio no hiciera referencia a algún acto de ineptitud, corrupción o abuso de poder del general "Hachuela" o de sus hombres o sus hijos "los Hachuelitas", campaña de sistemática denuncia que emularía años después Laureano Gómez en *El Siglo*.

Se caracteriza pues el *Gil Blas* por darle continuidad a sus denuncias hasta el agotamiento. Durante años denunció el llamado "escándalo verde" sobre la venta que hizo el sindicato de Muzo a la Emerald Co., en el gobierno de Reyes, por el cual se entregaron las minas nacionales a una sociedad extranjera que no existía legalmente en Colombia, aunque estaba representada también por nacionales cercanos al presidente como Lucas Caballero. El propio Reyes tenía parte de las tres mil acciones que sirvieron de sustento al sindicato para administrar las minas de Muzo y Coscuez.

Si bien los diarios conservadores *La Crónica* y *La Unidad* hicieron eco del caso, Laureano Gómez tuvo que suspender su campaña contra el Sindicato de Muzo por presiones del arzobispo de Bogotá. Gómez terminó cediendo por sus principios de católico obediente, pero suspendió dignamente de sus lectores "porque en este desventurado país hasta la autoridad eclesiástica coherente las acciones de un ladrón de levita". Pero

a los pocos días reanudó sus ataques que duraron seis años más en la misma trinchera.

Los demás periódicos conservadores callaron como muertos ante esta renuncia del díscolo Laureano y *Gil Blas* aprovechó para editorializar sobre la "Conspiración del silencio" y para ofrecer sus páginas al periodista amordazado. Obviamente, *La Sociedad*, diario clerical orientado por Marco Fidel Suárez, no emitió opinión alguna sobre los negociados de Muzo debido a la prohibición de sus superiores.

Siguiendo esta línea de denuncia por el mal manejo de los recursos nacionales, el *Gil Blas* documentó en varios artículos la pésima administración de las minas de Marmato (Caldas), arrendadas a los ingleses por la ridícula suma de 16 mil pesos oro al año, mientras ellos producían de mil a dos mil libras de oro mensualmente. Estas minas eran propiedad de la Nación, que en 1905 las arrendó al general Alfredo Vásquez Cobo por el término de 20 años; el general a su vez cedió el negocio a un sindicato inglés,

Volviendo al *Gil Blas*, no cesaba tampoco en sus denuncias contra los *trusts* extranjeros como la United Fruit Co., a la que acusó de estar comprando territorios inmensos en Aracataca y Sevilla, a precios irrisorios: "No ha habido escrúpulos qué vencer ni pensamiento generoso alguno de parte de los propietarios, por las consecuencias que más o menos tarde traigan estas entregas de tierra a los extranjeros" (diciembre 5 de 1911). Y el tiempo le dio la razón. Durante los diez años que permaneció Palacio Uribe en la dirección, el *Gil Blas* se convirtió en una especie de tribunal de acusación pública, en el veedor más pertinaz de los caudales públicos, en el denunciante de los ministros ineptos; por ello el director pagó incontables fianzas y muchas veces paró en los calabozos. "Verdadero diarista a lo Rochefort,⁸ poseía el valor del sacrificio y por nada del mundo habría sido capaz de esquivar la verdad", dijeron sus discípulos en el primer aniversario de su muerte, que le sobrevino natural a los 37 años (marzo 1 de 1921).

A partir de 1920 y bajo la dirección de Samuel Delgado Uribe, arreciaron las críticas del *Gil Blas* a Marco Fidel Suárez y a sus ministros por el derroche del erario público, los contratos leoninos y las comisiones para *tout le monde*; a todas éstas don Marco, "ciego, sordo y mudo", se sumía en sus sueños de Luciano Pulgar.⁹

Pero sin duda el que le propinó la estocada mortal al presidente Suárez fue Laureano Gómez, el anticuerpo de los periodistas profesionales por sus ambiguos principios morales y turbios procedimientos investigativos. Desde su juventud, Gómez sintió el prurito de contradecir a todos —incluso a los líderes de su partido y a los

jerarcas de Iglesia— y de denunciar los abusos de la clase política. En sus mocedades defendió su profesión como un cruzado: “El periodismo sutura las rencillas, predica la abstinencia, pide pureza en la política o de lo contrario perecerá el partido”, decía en uno de los editoriales de *La Unidad*.¹⁰ Implacable fiscal de la vida pública y más papista que el papa, Laureano condujo a la más humillante renuncia a Marco Fidel.

Y el *Gil Blas*, con su nuevo director, denunció los dramas de la miseria en Bogotá en crónicas desgarradoras de niños muertos de hambre y de víctimas de la desidia oficial en las que los redactores empleaban el eficaz recurso del diálogo. A la sazón la disentería, la viruela, el tifo y otras enfermedades infecciosas hacían estragos entre la población más desprotegida de la capital, por falta de infraestructura sanitaria y políticas de prevención: “No hay dinero para pagar la purificación de las aguas de la ciudad, mientras los legisladores aumentan sus dietas en un 50 y 100%”.

En esta época comenzó a firmar un colaborador fantasma, *Lucifer*, que llegó a la redacción a destapar asuntos feos de corrupción en la ciudad. Entre las denuncias más fuertes que hizo, está la entrega del Chocó por parte del gobierno a negociadores gringos en contratos de explotación de oro y platino: “Día a día la propiedad colombiana en el Chocó pasa a manos de extranjeros” (julio 29 de 1920). En marzo de 1921 reapareció *Lucifer* para contar las aventuras de la reconciliación del presidente Suárez con Laureano Gómez: un milagro de fe. *Lucifer* informa que el tristemente célebre general Salomón Correal, director de Policía en la administración de Concha, fue nombrado inspector general de Obras Públicas.

Impugnado por unos y elogiado por otros, *Gil Blas* dejó tal vacío en el medio periodístico, que Felipe Lleras Camargo decidió fundar en 1927 el *Ruy Blas* para revivir su espíritu. En su primer editorial prometió “decir virilmente la verdad y dar una implacable publicidad a los más graves escándalos y negociados de la administración”. Aclara en este prospecto que se trata de una empresa editorial con absoluta independencia material y espiritual porque constituyeron sociedad tres “caballeros distinguidos” y todos los lectores interesados podían volverse accionistas.

Ruy Blas también emprendió una dura campaña contra los monopolios extranjeros en Co-

lombia. Denunció particularmente “La mancha negra de aceite”: el caso de la Colombian Oil Concessions, compañía petrolera gerenciada por Eduardo López Pumarejo, que adquirió 17 mil millas cuadradas de terrenos petrolíferos. Se preguntaba el periódico: “¿Hasta hoy cuál ha sido la ganancia efectiva para Colombia en el negocio del petróleo?” Igualmente cuestionó un empréstito por 60 millones de la administración de Abadía Méndez, sin contar con un plan de obras públicas (los 25 millones de dólares equivalentes a la indemnización por Panamá que convirtieron al país en eterno deudor de los banqueros de Wall Street).

Como dato curioso, este periódico revivió la figura del colaborador imaginario, *Lucifer*, invención del *Gil Blas*. Así lo presentó en relación con un caso de la Cancillería: “Nuestro colaborador *Lucifer*, que husmea todos los vericuetos en busca de noticias sensacionales, se ocultó ayer tras una cortina de las que decoran el salón de sesiones del ministerio de Relaciones Exteriores y logró sorprender algunos detalles de la acalorada discusión entre el canciller y la comisión asesora”. A falta de tecnología más avanzada para intervenir teléfonos, este cronista picante de la vida política recurría a

procedimientos poco santos para conseguir la información.

Ruy Blas comenzó a denunciar, un año antes de que ocurriera, la situación de los cultivadores de banano de Santa Marta, en desigualdad de condiciones con respecto a las empresas yanquis, particularmente la United Fruit. Fue el primer diario que anunció, el 5 de diciembre de 1928, la grave situación en las bananeras a partir de informaciones de sus círculos socialistas en la zona, debido a que la censura oficial impidió la publicación inmediata de los hechos. Tras la masacre, *Ruy Blas* denunció las mentiras oficiales y señaló como responsables al presidente Abadía Méndez, al ministro Ignacio Rengifo y al jefe de policía Cortés Vargas, “cazadores de hombres”. El 12 de diciembre tituló sin titubeos en primera plana: “Espantosa carnicería provocada por mata- rifes uniformados”; “La victoria de los esbirros”. También demostró cómo diferían las versiones de los hechos según la fuente. De acuerdo con las noticias transmitidas por el Partido Socialista Revolucionario, hacia el 10 de diciembre se contabilizaban 40 soldados muertos durante y después

Durante los diez años que permaneció Palacio Uribe en la dirección, el *Gil Blas* se convirtió en una especie de tribunal de acusación pública, en el veedor más pertinaz de los caudales públicos, en el denunciante de los ministros ineptos; por ello el director pagó incontables fianzas y muchas veces paró en los calabozos.

de la huelga, mientras el ministro Rengifo negaba estas bajas. Por obvias razones, *Ruy Blas* cerró el 31 de diciembre de ese año.

La masacre de las bananeras sólo alcanzó a ser reconstruida un año después, en 1929, por Jorge Eliécer Gaitán, durante el juicio de responsabilidades que le hizo el Congreso al gobierno de Abadía Méndez para que respondiera por las víctimas,¹¹ pero no se publicó ningún gran reportaje debido a la estricta censura.

El tercer presidente del siglo XX que cayó debido a las presiones de la prensa opositora fue Alfonso López Pumarejo, paradójicamente atacado por su otrora mejor amigo, Laureano Gómez, quien lo culpabilizó del asesinato de Mamatoco, amén de los otros escándalos que empañaron su segunda administración: la Trilladora del Tolima, la caseta de las Monjas y las acciones de la Handel. La muerte de ese oscuro agente de policía, ex boxeador y director del semanario *La voz del pueblo*, apodado Mamatoco, se convirtió en reclamo diario de *El Siglo* con una *manchette* que se repitió como estribillo durante los meses que duró el proceso penal: “¿Quién mató a Mamatoco?”, anteponiendo sus intereses políticos al interés público. Este diario publicó la reconstrucción cronológica de los hechos, según su versión, desde el 14 de julio hasta el 13 de septiembre, bajo el título: “Etapas de un asesinato oficial”.

Pero a Laureano Gómez se le devolvió el bumerán cuando presidió la IX Conferencia Panamericana, en abril de 1948, acusado por sus detractores de haber dilapidado 17 millones de pesos en avenidas, licores finos, banquetes y orquestas. Según la prensa liberal de izquierda, que hostigó al régimen de Mariano Ospina con sus pertinaces denuncias, hubo cohecho, abuso y fraude. Las andanadas más fuertes salieron de *La Jornada*, periódico gaitanista, en el que Luis Vidales publicó una ristra de editoriales luego recogidos en el libro *La insurrección desplomada*. En ellos acusó al Partido Conservador del asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y a Gómez de corrupción.

El quincenario *Crítica* dio el mayor despliegue a esta investigación contra el ministro de Relaciones Exteriores, con la documentada acusación del representante Julio César Turbay Ayala —que presidía la comisión investigadora de la Cámara— y el desarrollo del juicio. Finalmente quedó en evidencia la doble moral de Laureano Gómez, que en su juventud atacó con saña al presidente Marco Fidel por una indelicadeza menor. El debate se prolongó hasta diciembre de 1948 y sobra decir que la principal defensa la hizo Álvaro Gómez desde *El Siglo*.

Reportajes de antología en la línea de denuncia

El género del reportaje, desde ese texto fundacional de *El crimen del Aguacatal* de Francisco de

Paula Muñoz¹² —que narra con largo aliento el crimen de una familia cometido en las afueras de Medellín, publicado en 1874—, ha servido para registrar vívidamente los acontecimientos más importantes de la historia nacional. Otro relato magistral es *Secretos del Panóptico*, de Adolfo León Gómez. El director del diario *Sur América* publicó en 1905, en varias entregas, esta denuncia de las atrocidades cometidas contra los presos políticos liberales durante la guerra de los Mil Días, a partir de su propia experiencia como reo. En la presentación el autor aclara: “No refiero sino lo que vi en mi tercera temporada de cárcel y algo de lo que me han contado personas respetables [...]. Acaso haya quien dude de la veracidad de la relación que voy a hacer, porque parece increíble que en plena capital de una República que se dice civilizada, en los albores del siglo XX y bajo un gobierno que se preciaba de cristiano, se hubieran cometido tantas infamias; pero todo es rigurosamente exacto y sobran honorabilísimos testigos”.¹³ Al final anexa una nómina de los presos políticos que hubo en el Panóptico durante la última revolución como prueba irrefutable.

Enriquecen esta tradición los reportajes seriados, cuyos vestigios se encuentran en *El Correo Nacional*, como se vio antes con las cuatro entregas sobre la plaza de mercado. *El Sol*, de Medellín, también publicó en cuatro entregas un “Reportaje importantísimo. El infierno verde. Informe de *reporteres*” (noviembre 21 de 1913), con su correspondiente sumario: “Trato infame dado a los indios. Su honor menoscabado. Civilizados y salvajes. El clima de Caquetá”. Se trata de un documento de denuncia con una peculiar mezcla de narración, documentación y diálogo. El corresponsal relata las crueldades que se cometieron en estas plantaciones de caucho con los indígenas; denuncia a la empresa de Puerto Córdoba por violar los derechos humanos fundamentales y hace un llamado de atención para solucionar esta situación vergonzosa, muy en la línea crítica del periódico, defensor de los obreros y de los desprotegidos.

En sus inicios *El Tiempo* fue un periódico de línea dura que ventilaba los atropellos de los gobiernos de la Hegemonía. En 1915 denunció los contratos leoninos de la United Fruit Company en el Magdalena, su violación a los derechos humanos y a la soberanía. Otros periódicos liberales se unieron a la denuncia contra los “*trusts* yanquis”, como *El Espectador* y *El Diario Nacional*, en histórica retaliación por el zarpazo del canal.

Y a la vuelta de los años el documento más completo sobre las sangrientas jornadas cívicas de Bogotá en 1929 fue el gran reportaje de Alejandro Vallejo titulado *8 de junio*, que mantiene una clásica estructura cronológica con antecedentes,

sucesos y desenlace, en un relato vibrante que capta todos los detalles y la tensión de aquella revolución urbana.

La guerra contra el Perú permitió explorar las posibilidades del reportaje como gran crónica de la guerra y como género de denuncia hasta dar lugar a versiones encontradas de la historia¹⁴. En el libro *Lo que nadie sabe de la guerra*, el periodista Antolín Díaz —en calidad de corresponsal de guerra del diario *El Tiempo*— narró lo que vivió durante varios meses en la selva, denunciando de paso las torpezas y las irregularidades que cometieron los altos mandos civiles y militares del gobierno en el manejo del conflicto bélico.

Con escritura ágil y rápida, Díaz se anticipó a la censura y presentó las causas y las consecuencias del abandono estatal de la frontera con el Perú, a partir del interrogante insoslayable: “¿Por qué antes de 1932 Leticia estaba desguarnecida?”. Al responder involucra a los principales responsables: el ex ministro de guerra Carlos Arango Vélez, el canciller Roberto Urdaneta y el nuevo ministro de guerra Carlos Uribe Gaviria. Denuncia entonces la farsa oficial, las campañas mentirosas y las constantes pugnas entre civiles y militares que llevaron al caos total y a la muerte de soldados que murieron más por el paludismo y el tifo que por ataques enemigos, y todo por la desprotección en que marcharon las tropas colombianas hacia el sur del país. Termina el reportaje con los “Medallones de la frontera”, donde rinde homenaje a las prostitutas que llegaron al escenario de la guerra: Elisa (*Pan de Soldado*), Blanca (*La Bogotana*), Pastora (*Malhora*), Sara (*La Huitota*), Juana (*La Pastusita*), María (*La Pildora*), Berta (*Pata de Guama*), Santos (*La Lavandera*). Un cierre conmovedor después de tan corajuda denuncia.

Para desmentirlo, el ministro de Guerra, Carlos Uribe Gaviria (hijo del general Uribe Uribe), publicó *La verdad sobre la guerra*, con el fin de mantener en el engaño a la opinión pública. Por su parte Carlos López Narváez, en calidad de auditor de la Fuerza Militar, escribió el libro *Diario de guerra*, publicado primero por entregas en la revista *Pan* entre 1935 y 1936. A diferencia del reportaje de Antolín Díaz, aquí la mirada está puesta sobre los soldados y revela escenas

trágicas de la vida militar, sin caer en dramatismos, debido a los permanentes apuntes irónicos del autor, corresponsal desenfadado que no deja de cuestionar la institución y la fiebre patrioter que mandó a un millar de colombianos a defender una bandera.

Cuenta que tras la visita del ministro de Guerra, Uribe Gaviria, la situación de Guepí continuó igual: “Penetración sin transportes adecuados, falta de víveres, hospitales sin drogas y repletos de harapos vivientes”.¹⁵ Incluso hace chanzas sobre sus colegas Antolín Díaz y Arturo Arango Uribe, corresponsales de *El Tiempo* y de *El País*, intentando aprender a manejar el máuser. Según cuenta, Arango Uribe cayó enfermo, en estado febril, y *El negro* Antolín se devolvió para la capital porque no pasaba nada, y recogió las crónicas censuradas por el periódico para editar el libro.

Antolín Díaz también publicó en 1935 el libro *Sinú, pasión y vida del trópico*, que indignó a las élites del departamento de Bolívar por sus comentarios sobre el abandono de la región. Hasta el presidente López Pumarejo se molestó con su denuncia. “Yo soy el reportero que levanta todos los velos para que el pueblo vea cómo se le engaña por unos y cómo se le explota por otros”, respondió Díaz. En el prólogo, Hernando Téllez destaca la calidad del reportero que trabaja “a la manera genial de Alberto Londres y John Lindsay, los maestros del gran reportaje en Francia y Estados Unidos [...]. Se emparenta Díaz con Stanley, el genial reportero inglés, que antes de descubrir a Livingstone y de penetrar al Congo, contaba entre sus experiencias vitales la de haber sido un inquieto y peligroso pastor de almas” (en alusión al oficio de catequizador

que desempeñó Antolín Díaz en la zona, por amable invitación de su compañero de viaje: un pastor protestante, que llevaba un cargamento de 5 mil biblias).¹⁶ En este gran reportaje, escrito con las nuevas técnicas literarias, el reportero denuncia la tragedia que ocurrió en febrero de 1931 en Montería. A diferencia de la prensa liberal oficialista que negó toda responsabilidad y acusó a los conservadores de querer entorpecer las elecciones, Antolín Díaz afirmó que fueron los liberales quienes organizaron a los campesinos del Alto Sinú y llegaron armados de machete:

En sus inicios *El Tiempo* fue un periódico de línea dura que ventilaba los atropellos de los gobiernos de la Hegemonía. En 1915 denunció los contratos leoninos de la United Fruit Company en el Magdalena, su violación a los derechos humanos y a la soberanía. Otros periódicos liberales se unieron a la denuncia contra los “trusts yanquis”, como *El Espectador* y *El Diario Nacional*, en histórica retaliación por el zarpazo del canal.

ocho mil hombres armados contra cuatro mil conservadores inermes. Según su versión, el enfrentamiento terminó con decenas de muertos que se arrojaron al río Sinú y un incendio que devoró buena parte de la ciudad.

Excepto por estas manifestaciones, en las primeras tres décadas todavía era infrecuente el periodismo investigativo en las páginas diarias de la prensa y los pocos artículos que se publicaban muchas veces adolecían de falta de rigor. El 10 de agosto de 1935, *El Diario Nacional* denunció en un amplio informe graves irregularidades en el Instituto Nacional de Ciegos, con sede en Bogotá, donde faltaban médicos, drogas, vestidos y alimentos para los invidentes por desidia de la administración. Todo comenzó por las quejas que llevaron al periódico un grupo de diez ciegos y que un reportero se limitó a recoger, sin visitar el lugar de los hechos y contrastar versiones. A raíz de ello, llegó una carta de protesta de la Dirección Nacional de Ciegos y el periódico comisionó a su jefe de información, Osorio Lizarazo, y a dos periodistas de *El Espectador* y de *El Tiempo* para que investigaran y presentaran un informe sustentado. Este caso demuestra que en la época los redactores solían armar sus denuncias con base en una sola fuente. De ahí que los lectores estaban familiarizados con las cartas de rectificación.

A finales de los treinta la revista bogotana *Estampa*, dirigida por Jorge Zalamea, se destaca por su línea de periodismo investigativo. Uno de los mejores trabajos de denuncia fue el reportaje de Orlando Perdomo titulado “El terror pardo en Colombia”, sobre la persecución nazi a los judíos-alemanes exiliados en Colombia (julio 29 de 1939). Perdomo denunció que unas 400 personas que hallaron refugio en Colombia eran víctimas de un régimen dictatorial y vivían perseguidas por el régimen del Führer con apoyo del gobierno colombiano. En esta primera entrega narra el drama de un comerciante judío nacionalizado en Colombia, el señor Gotthelf, que fue traicionado por agentes de Hitler y por coterráneos envidiosos de su prosperidad. Ante las presiones se lanzó del Palacio Nacional de Medellín (el salto del Tequendama de los paisas).

Perdomo trató de investigar el tema de la persecución nazi en Colombia y de la situación desesperada de los refugiados, pero no pudo averiguar mucho por el miedo que tenían los judíos a ser descubiertos. El 12 de agosto salió el segundo reportaje titulado “¿Hay espionaje nazi en Colombia?”. La tercera entrega se frustró por una carta del embajador de Alemania en Bogotá que negaba de plano los hechos, pero quedaba incólume la credibilidad del periodista apoyada en pruebas como los documentos de identidad de los infelices. La serie tuvo gran impacto y a partir

de estas denuncias otros periódicos se pusieron sobre la pista de la investigación y corroboraron la existencia de una red de espionaje nazi dirigida por la Gestapo. *El Comunero*, de Bucaramanga, denunció en junio de 1944 la presencia de la Gestapo en esa ciudad. Según el periódico, los alemanes hacían campañas con la anuencia de la Policía. Dejaban esvásticas estampadas con tiza y carbón en las fachadas y puertas de los edificios públicos y locales comerciales.

El Correo de Medellín nació en 1944 con sed de denuncia, y sus titulares eran provocadores: “Mientras el país se desangra Cartagena prepara su reinado” (noviembre 9 de 1949). Su línea crítica y antioficialista lo llevó a revelar las irregularidades que se cometieron en la administración del gobernador de Antioquia, Eduardo Berrío González, conservador contra el que arreciaban los ataques por sus chanchullos y peculados.

Y no cabe duda de que uno de los periódicos que contó con el mejor cartel de reporteros investigativos entre los años cuarenta y cincuenta fue *El Espectador*: Felipe González Toledo, Mike Forero Nougues, Paulo E. Forero, Camilo López, Guillermo Lanao, José Guerra, entre otros. A mediados de los años cincuenta llegó del Caribe un reportero con muchos quilates, Gabriel García Márquez, que alternaba sus comentarios sobre el cine en Bogotá con reportajes de denuncia sobre regiones abandonadas del país y de los municipios cundinamarqueses, escritos con envolvente estilo. Hasta que la publicación del *Relato de un naufragio*, en 1955, lo mandó al exilio europeo, donde siguió desempeñándose como corresponsal. Y entre las décadas del sesenta y setenta sobresalieron Juan Gossain, Henry Holguín y Germán Castro Caycedo, tres de los periodistas que más historias escribieron y más callos pisaron.

La revista *La Calle* (1957), de López Michelsen, también nació con vocación de indagar en la realidad colombiana y bogotana. Su temario siempre sorprendía por la audacia de los temas. “De cada tres bogotanos, uno tiene hambre”, fue un reportaje del destacado reportero Rafael Maldonado Piedrahita, que puso el dedo en la llaga del más grave problema de la capital: 15 mil familias de exiliados campesinos que se asentaron en barrios del sur sin contar con las mínimas condiciones de subsistencia. Entre los muchos testimonios encontró el de una hermana de Juan de la Cruz Varela, el guerrillero amnistiado. Aunque Jorge Child decía que los reporteros de *La Calle* publicaban no artículos sino tesis de grado sobre la pobreza, el analfabetismo, la prostitución, el desplazamiento, entre otros problemas endémicos del país, estos reportajes dan cuenta de la Colombia profunda heredada del régimen de Rojas Pinilla y de sus predecesores.

Bajo el título de “Un periodista viola el secreto del infierno verde” (noviembre 15 de 1957), Maldonado Piedrahita publicó un crudo reportaje sobre los problemas que se presentaban en la Colonia Agraria y Penal Araracuara, con 863 reclusos, a raíz de una investigación ordenada por el ministerio de Justicia. “Con esta crónica, *La Calle* inicia una campaña nacional pro-reforma carcelaria. El periódico se propone denunciar las anomalías de nuestro sistema carcelario”, y para ello el cronista recoge testimonios de los prisioneros y de los guardias de la cárcel donde permaneció una semana. En un recuadro recuerda que durante la dictadura de Rojas Pinilla, la Colonia llegó a tener 195 presos políticos y algunos de ellos murieron en el penal (en el momento de hacer la investigación había 17 presos políticos).

En 1959, tras diez años de padecer la dictadura, en *Semana* comenzó a perfilarse una agenda informativa que reflejaba los problemas más graves del país, documentados por analistas y reporteros. Los mejores reporteros eran Leopoldo Pinzón y Paulo E. Forero, quienes recorrían el país contando los dramas de la violencia. Empezó a emerger un país desgarrado que el gobierno militar quiso mantener oculto.

Se narraban masacres cotidianas, enfrentamientos de la “chusma” con los campesinos, secuestros, abigeatos en los campos y delincuencia común en las ciudades. Con equilibrado criterio se realizaron series periodísticas para presentar los polos de desarrollo del país y sus posibilidades turísticas. Y se hizo una investigación sobre el reinado de belleza de Cartagena —que desató la ira de los organizadores del concurso— y fue premiada por el Colegio Nacional de Periodistas.

En 1960 *Semana* anunció la creación de un Departamento de Investigaciones e Informes Especiales (equivalente a la primera unidad investigativa de la revista y muy probablemente del país), a cargo del abogado y profesor universitario Ricardo Samper. Su fin era entregar material mejor investigado de la información nacional (con apoyo en la red de colaboradores de todo el país). Durante un año largo la revista denunció fraudes informativos de la Gran Prensa, reveló el atentado contra Juan de la Cruz Varela, la abstención electoral anunciada anticipadamente, el inmovilismo de los funcionarios públicos, la conspiración del diario oficialista *El País* contra el liberal *Relator*,

de Cali, y la verdad sobre Cuba. *Semana* pasó de ser incómoda para volverse peligrosa con su propósito de hacer un periodismo “encauzado hacia la formación de una conciencia nacional”, como afirmaba el director Alberto Zalamea.

Y a su salida de *Semana*, el mismo Zalamea fundó *La Nueva Prensa*, semanario desde el que hizo oposición al Frente Nacional y se atrevió a narrar los episodios de la violencia cotidiana que no aparecían registrados en la Gran Prensa. Según

testimonio de Zalamea sobre la fundación y el norte editorial de *La Nueva Prensa*, “La motivación principal para su creación fue que en ese momento no había una prensa realmente valerosa capaz de denunciar una serie de problemas que estaban quedando ocultos. Y esa responsabilidad la asumimos nosotros en *La Nueva Prensa*. Junto a Silvio Yepes, Carlos A. Rodríguez, Joaquín Molano Campuzano y otros periodistas destacamos lo que podría ser el periodismo investigativo, y le dimos apertura a todos los movimientos políticos que no tenían cabida en la Gran Prensa”.¹⁷

En 1960 Marco Tulio Rodríguez obtuvo el Premio *Mergenthaler*, de la SIP, por su serie “Los municipios olvidados de Colombia”, publicada en *El Espectador*,

que al año siguiente apareció como libro.¹⁸ Se trató de la campaña más impactante sobre las regiones abandonadas del país que haya emprendido un medio de comunicación. Cuando recibió el premio, Marco Tulio Rodríguez se encontraba en Caquetá, haciendo la reportería de su trigésima entrega “Por qué se acabó Tres Esquinas. Una base aérea sepultada bajo el rastrojo de la selva en Puerto Solano” (septiembre 18 de 1960). Para llegar allí el equipo del periódico tardó 22 horas por carretera con la chiva del periódico, y otro día en chalupa por el río Orteguzaza. El propósito de este reportaje era denunciar el retiro de la base aérea, fundada después del conflicto con el Perú en 1932, y que era el punto de referencia civilizado en el sur del país. Los colonos entrevistados denuncian que desde que se acabó la base, Puerto Solano empezó a quedar en la miseria por su incomunicación.

En esta misma línea de investigación del país profundo y olvidado, en 1976 publicó Germán Castro Castro Caycedo *Colombia amarga*, 30 historias sobre la violencia en Colombia que aparecieron por entregas en *El Tiempo*. Castro

Se narraban masacres cotidianas, enfrentamientos de la “chusma” con los campesinos, secuestros, abigeatos en los campos y delincuencia común en las ciudades. Con equilibrado criterio se realizaron series periodísticas para presentar los polos de desarrollo del país y sus posibilidades turísticas.

Caycedo, gran admirador de Marco Tulio Rodríguez, comenzó así una obra que hoy supera los 15 títulos, compuesta de grandes reportajes investigativos sobre la realidad colombiana.

Durante el primer año de su fundación, 1965, en *El Espacio* dominaron los informes políticos y de denuncia; “la monita” (la mujer ligera de prendas), “el monito” (el muerto del día) y las crónicas de sucesos eran apenas la guinda del vespertino. En los primeros dos lustros se formó toda una generación de periodistas con nombres tan reconocidos como los de Yamid Amat, Cecilia Orozco, Henry Holguín, Fabio Rincón, Oscar Domínguez, Jorge Enrique Pulido, Margot Ricci, Héctor Mora, Ílder Giraldo, Elkin Mesa, Darío Silva, Juan Guillermo Ríos, Gloria Caldas, que hicieron un periodismo un poco más independiente que el que permitía la prensa oficialista “seria”, aunque su filiación era liberal. Se dedicaron tanto a la denuncia de los más graves problemas bogotanos, como los de otras ciudades del país donde el periódico contaba con su red de corresponsales.

Uno de los mejores cubrimientos de *El Espacio* fue en la cordillera huilense donde se inició la ofensiva del Ejército contra la guerrilla de las Farc. Hasta allí llegaron Fernando Castillo y el reportero gráfico, Posada, primeros periodistas colombianos en el frente guerrillero, donde permanecieron dos semanas. El 26 de agosto de 1966 se publicó la primera entrega: “Bombas de 500 libras caen sobre guerrillas”. “En 48 horas caería Tiro-fijo”. *El Espacio* vendió su primicia, originada en Neiva, con “las primeras fotografías de este tipo que se publican en Colombia” de los campesinos desplazados, los trozos de las bombas y las veredas arrasadas por los bombardeos.

A raíz de estas informaciones sobre el operativo militar, el Ejército protestó por el sensacionalismo de *El Espacio* y pidió a la prensa que en adelante se ciñera a los boletines oficiales (agosto 27 de 1966). Solicitud que *El Espacio* desestimó de plano. En cambio, *El Tiempo* se apresuró a rectificar al vespertino para proteger la imagen del recién posesionado gobierno de Carlos Lleras Restrepo y de sus Fuerzas Armadas. Según la prensa oficialista nunca se produjeron los bombardeos. *El Espacio* respondió que su interés por los problemas sociopolíticos lo llevaba a alertar a la comunidad sobre el peligroso resurgimiento de la guerrilla y sobre la forma improvisada como el gobierno la estaba combatiendo. Además, los reporteros hicieron graves denuncias por torturas que los oficiales y soldados infligieron a los campesinos. En últimas, estaban cumpliendo con el primer precepto del periodismo investigativo: revelar lo que otros pretenden ocultar.

El Bogotano también acostumbró a los lectores a las denuncias. En sus páginas se publicaron los

escándalos de la Sofasa Renault, los sobornos de la Lockheed en Colombia y el caso de la hacienda La Libertad, que involucraba a la familia del presidente López. La directora, Consuelo de Montejo, siempre apoyó a su jefe de redacción, el avezado periodista Henry Holguín, porque creía que en Colombia había que derrotar el miedo.

En los años setenta y ochenta —bajo el impacto del Watergate norteamericano— se destacaron las denuncias contra la corrupción y los grandes oligopolios. A partir de 1979 *El Espectador* se enfrentó con el grupo Grancolombiano, cuyas represalias hicieron mella en el decano de la prensa en Colombia. *El Espectador* creó un grupo de investigación encabezado por Juan Guillermo Cano con los periodistas Luis de Castro, Fabio Castillo, Héctor Giraldo y Edgar Caldas, para hacer seguimiento a los movimientos bursátiles del grupo hasta la caída de los fondos de inversión. Un trabajo investigativo serio que premió el Círculo de Periodistas de Bogotá en 1984, porque demostraba el interés primordial del medio por los miles de ahorradores perjudicados. “Tras las continuas denuncias de *El Espectador*, el Grupo Grancolombiano tomó una actitud difamatoria, discriminatoria y ofensiva hacia el periódico durante 1981 y 1982. Parte de su estrategia contra el diario fue retirar su pauta publicitaria [...]. Entre ella la cartelera de cine de Cine Colombia”.¹⁹

Este periódico sirvió de escuela a grandes investigadores, y en los años setenta sobresalieron reporteros como Óscar Alarcón, Carlos Murcia, Rodrigo Pareja y Héctor Muñoz.; en los ochenta, Ignacio Gómez, Fabio Castillo, Héctor Mario Rodríguez, Efraín Pachón, Marcela Giraldo, Jorge Cardona, entre otros que se atrevieron a denunciar los peores negociados que además involucraban a funcionarios públicos.

En el diario caleño *El Pueblo* (1975), que acogió a periodistas e intelectuales de izquierda, hubo destacados reporteros como el jefe de redacción Héctor Moreno, Gilma Jiménez de Niño, Henry Holguín, Fernando Garavito, Pedro Claver Téllez y Héctor Rincón, que se dedicaron a temas de denuncia, en su mayoría originados en Cali.

La aparición de la revista *Alternativa* en 1974 marcó otro hito en el periodismo investigativo nacional con su estilo irreverente y riguroso, que la convirtió en la primera revista de oposición hasta 1980, cuando cerró por presiones del poder y dificultades económicas. Durante ese tiempo un equipo de brillantes periodistas encabezados por García Márquez, Antonio Caballero, Enrique Santos Calderón, Daniel Samper y académicos como Orlando Fals Borda y Antonio García, se dedicaron a denunciar las irregularidades del gobierno de López Pumarejo y a demostrar la inconstitucionalidad del llamado Estatuto de

Seguridad de Julio César Turbay Ayala por las violaciones a los derechos humanos y la censura de prensa.

A partir de la edición del 15 de marzo de 1976, Arturo Alape publicó una serie de reportajes y crónicas bajo el título de “Historias Prohibidas”, en las que entra a saco en asuntos polémicos de la vida nacional y configura un mapa de la violencia en Colombia. La serie consta de 27 artículos que tratan el gran tema del bandolerismo en Colombia. Algunos títulos son: “La geografía del miedo”; “La patología laureanista”; “La verdad de la tortura, la verdad de Laureano”; “Conversaciones de un Presidente con un ‘Pájaro’”; “Los libertadores de Corea”; “La godificación de la política”; “Los chulavitas: a sangre y fuego”; “Alberto Cendales: por qué se hizo rebelde”; “Historia de tumbas y de discursos”; “Rojas Pinilla: el ejército y el poder” y “La descomposición de la guerrilla liberal”. Además de Arturo Alape, en esta sección escribían Gonzalo Sánchez y Antonio Caballero.

Con Daniel Samper a la cabeza se formó en 1977 la unidad investigativa de *El Tiempo*, integrada también por Alberto Donadío (abogado especializado en acceso a documentos públicos) y Gerardo Reyes, los otros dos periodistas investigativos de más larga trayectoria en nuestro país. Los resultados de las primeras investigaciones realizadas por Samper y Donadío sobre corrupción en el Congreso de la República se comenzaron a publicar en la columna *Reloj*. Y en 1978 comenzó a funcionar la Unidad Investigativa, en la cual se realizaron más de cien informes especiales con denuncias de toda índole —desde los inexplorados temas ecológicos y medioambientales hasta los consabidos abusos del poder público— que aceleraron procesos judiciales y dejaron una mejor impresión en los lectores que en los dueños del periódico, quienes en esos casi diez años perdieron anunciantes y amigos. En 1987, Samper salió amenazado del país por una de esas investigaciones relacionadas con las autodefensas. Y luego se fueron Donadío y Reyes.

La Prensa, el periódico de Juan Carlos Pastrana, hizo un aporte importante al periodismo investigativo, a pesar de sus compromisos políticos. Pero el director supo rodearse de reporteros talentosos como Gonzalo Guillén, quien publicó con frecuencia sus crónicas sobre el narcotráfico y su infiltración en la política, así como dio cuenta de los avances del paramilitarismo en el país. Y el diario *El Mundo* de Medellín (1979), dirigido por Darío Arizmendi, contó desde sus inicios con un talentoso equipo de reporteros y cronistas que escarbaron en terrenos no pisados

por *El Colombiano*, el diario tradicional de los antioqueños. Y en la década del ochenta también sobresalió en la oficina de *El Tiempo* de Medellín el cronista Juan José Hoyos, responsable de cubrir la guerra entre los carteles de la droga y todos los hechos desencadenados por el narcotráfico como el sicariato.²⁰ ■

NOTAS

1 Cfr. Judith y William SERRIN, *Muckraking: The Journalism That Changed America*, New Press, Nueva York, 2002.

2 Ana María GUEVARA, *Tras las huellas del periodismo informativo colombiano: El Correo Nacional (1890-1894)*. Carrera de Comunicación Social, Facultad de Comunicación y Lenguaje de la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2002, 119-131.

3 Pérez y Soto ya había sido víctima de la Regeneración cuando su periódico *El Constitucional* fue suspendido por seis meses y él condenado a un mes de cárcel.

4 Bogotá, Imprenta Nacional, 1905.

5 Ver “La Banda White Company”, de Pedro Claver TÉLLEZ, en la revista *Folios*, Universidad de Antioquia, Facultad de Comunicaciones, No 6, 2002, pp. 70-73.

6 Enrique Santos MOLANO, *Los jóvenes Santos*, Bogotá, Universidad Central, Tomo I, p. 79.

7 “De la mordaza a los grandes diarios”, *Medios y Nación, Historia de los medios de comunicación en Colombia*, VII Cátedra Anual de Historia, Museo Nacional y Ministerio de Cultural, Bogotá, Aguilar, 2003, p. 135.

8 Redactor del diario francés *El Independiente*.

9 El libro *Los sueños de Luciano Pulgar*, que ya estaba pergeñando y publicaría unos años después, al dejar la Presidencia.

10 Cita de Guillermo CAMACHO MONTOYA en *Laureano Gómez. Un dominador político*, Revista Colombiana, Bogotá, 1941, p. 25.

11 Ver Jorge Eliécer GAITÁN, *El debate sobre las bananeras*, Centro Gaitán, Bogotá, editorial Retina, 1988.

12 Ver Juan José HOYOS, *Francisco de Paula Muñoz y ‘El crimen del Aguacatal’*. Un pionero del reportaje, Medellín, Ediciones Hombre Nuevo, 2002.

13 *Secretos del Panóptico*, Bogotá, Imprenta de Medardo Rivas, 1905, pp. 2-3.

14 Sobre esta guerra también se publicaron *180 días en el frente*, de Arturo ARANGO URIBE y *En la línea del fuego*, de Luis MOLINA MENDOZA, pero no tienen la fuerza de los otros libros comentados.

15 Carlos LÓPEZ NARVÁEZ, *1933. Putumayo (Diario de guerra)*, Bogotá, Iqueima, 1949, p. 211.

16 Cfr. Albio MARTÍNEZ SIMANCA, *Vida y obra de Antolín Díaz, el coloso del periodismo*. Bogotá, Universidad Sergio Arboleda, 2003, pp. 576-578.

17 Paulina ANGARITA y Tatiana RODRÍGUEZ, *op.cit.*, p. 66.

18 Marco Tulio RODRÍGUEZ, *Municipios olvidados de Colombia*, Bogotá, Asociación Liberal de Integración Social, 1982.

19 Liliana ROMERO y Catalina SARMIENTO, “*El Espectador: la lucha por la independencia*”, trabajo de grado Facultad de Comunicación y Lenguaje, Pontificia Universidad Javeriana. 2005, p. 48.

20 Ver Juan José HOYOS, *Sentir que es un soplo la vida*, Bogotá, Planeta, 1994.